

PRÓLOGO

Las luces de la costa se alineaban a la izquierda del aparato, perfectamente visibles desde las ventanillas de ese lado. Formaban una línea viva que separaba el mar de tierra firme. Era un moteado amarillo que tachonaba la oscuridad con su fuerza pura, recortando formas, creando misterios, configurando un mundo situado apenas a unos cientos de metros del avión que ya llevaba unos minutos iniciando el descenso y la maniobra de aproximación al aeropuerto de El Prat. El macizo del Garraf, la vieja carretera llena de curvas, la más reciente autopista que lo taladraba, les recordaban a los ocupantes del Boeing 727 que se acercaban a su destino, que el viaje terminaba. Cuando de repente el macizo concluyó y vieron las playas de Castelldefels, sus construcciones veraniegas, las pistas de tenis iluminadas y el bullicio de la vida, el avión inició la gran curva que le llevaría a sobrevolar Barcelona, adentrarse en el mar, regresar a la línea de la costa y finalmente aterrizar en dirección norte-sur.

El vuelo IB-1247 tocaba a su fin.

Un minuto, dos... Cinco.

Los ciento cincuenta y cinco pasajeros y los seis miembros de la tripulación esperaron por última vez.

La pérdida se produjo justo al aproximarse de nuevo a tierra. Primero fue una sacudida, después un apagón global de las luces de cabina. Un parpadeo impotente. Finalmente el avión se convirtió en un simple juguete alado.

Dejó de volar como un prodigio metálico y se convirtió en un pesado objeto atraído por la ley de la gravedad. Dejó de dominar el aire para ser dominado por él. Dejó de vivir para disponerse a morir.

Todo fue muy rápido.

Tal vez el piloto había querido enderezar el morro. Tal vez hubiera logrado llegar a tierra y estrellarse allí. Tal vez creyó que a un kilómetro de la costa aún tendrían una probabilidad.

Al tocar el agua el 727 se partió en dos. Sus cuarenta y seis metros y sesenta y nueve centímetros de longitud se quebraron a la altura de las alas. La parte delantera, incluidas éstas, con sus treinta y dos metros y noventa y dos centímetros de envergadura, rebotaron en el embravecido Mediterráneo, que en ese instante no era precisamente un mar en calma. La parte trasera quedó flotando apenas unos segundos entre las olas, antes de inclinarse hacia adelante y hundirse en apenas un abrir y cerrar de ojos. La delantera todavía flotó unos minutos más, tan breves como agónicos, mientras en su interior algunas personas intentaban el milagro de la supervivencia.

Algunas llevaban puestos sus chalecos salvavidas. Otras no.

El morro del Boeing desapareció de la superficie batido por las olas.

Y en unos pocos instantes más, sobre las aguas tan sólo quedaban algunos de los escasos supervivientes y los restos del naufragio en forma de objetos inanimados y huellas de la catástrofe.

Barcelona, a menos de un kilómetro, brillaba como un faro en la noche.

PRIMERA PARTE
(de finales de septiembre
a primeros de octubre)

1. Atropello

Conducía un poco acelerada. Se le hacía tarde. Y no le gustaba correr con el coche porque en la urbanización las curvas eran cerradas y siempre podía toparse con algún niño en la calzada o con algún loco subiendo a toda mecha aún a aquella hora. El hecho de saberse cada palmo de memoria no significaba nada y lo sabía. Menos de un mes antes dos coches se habían empujado allí mismo, cerca del puente, antes de llegar al pueblo.

Pisó el freno.

Dobló la última curva, descendió la última pendiente, giró a la izquierda y atravesó el puente sobre la riera sin que nadie le saliera al paso. Volvió a darle al acelerador. Al llegar a la bifurcación, con el restaurante Selva Negra a un lado y la calle que conducía a la Nacional 340 al otro, se detuvo por mera precaución antes de volver a girar a la izquierda. Era una larga subida al término de la cual se ubicaba el mercado. Allí sí había que acelerar.

Lo hizo y llegó hasta la calle de la iglesia en menos de un minuto. Giró a la derecha y enfiló la primera calle con coches aparcados a la derecha. Ya

no iba rápida. Era imposible. Circulaba muy despacio.

Ésa fue su suerte.

El hombre apareció por entre dos coches, de forma inesperada, asustándola tanto a ella como se asustó él al notar la presencia del vehículo y del inminente impacto. Por un brevísimo y fugaz instante los dos se miraron a los ojos.

Después, el choque, y él desapareciendo de su vista.

Frenó el coche en seco y salió a la carrera. Por un momento llegó a temer lo peor. Al ver al aparecido en el suelo moviéndose, recuperando el equilibrio para sentarse, sintió un primer atisbo de alivio. A veces bastaba muy poco, un simple toque en la cabeza, para enviar a alguien al otro mundo. El atropellado no mostraba herida aparente alguna.

—¿Está bien?

—Sí, sí...

Le ayudó a ponerse en pie.

No hubo reproche alguno, por ninguna de las dos partes. Nada de «¡Hombre de Dios!, ¿por qué ha salido así, sin mirar?» ni «Caramba, señora, podía tener más cuidado». Nadie caminaba cerca de ellos, estaban solos. No lo conocía, así que o era alguien ajeno al pueblo o uno de los muchos nuevos habitantes desperdigados por cualquiera de las diecisiete urbanizaciones que rodeaban Vallirana. La mayoría

utilizaba su casa como segunda residencia próxima a Barcelona.

–Lo siento –aceptó su culpa ella, atenazada por los nervios.

–Oh, no, no –se la rechazó él, tranquilizándola–. He salido sin mirar, con la cabeza en otra parte.

–Déjeme que le lleve al puesto de la Cruz Roja. Está aquí cerca, frente al Casino.

–Estoy bien, ¿ve?

Hizo un par de flexiones con las dos piernas, se tocó los brazos y el tórax. Era joven, treinta y algunos, atractivo, cabello negro y ojos profundos. Vestía de *sport* con elegancia. Él también la observaba a ella, así que apartó su mirada.

–No puedo dejarle así –insistió.

–Si me lleva a la Cruz Roja o al dispensario o a donde sea, por el simple hecho de estar involucrado su vehículo tendrán que dar parte y pueden retirarle el carné. No sea tonta. Le aseguro que estoy bien.

–¿Y si se encuentra mal dentro de un rato? A veces los golpes tardan en salir.

–Deme su teléfono. Si sucede algo así, la llamo, ¿de acuerdo?

Sonreía con encanto.

Ella se sintió extraña. Turbada.

Regresó al coche, sacó su bolso, una libretita y un bolígrafo. Le anotó el número y su nombre, aunque también se lo dijo al entregarle la nota.

–Me llamo Ana.

–Yo Eulalio, aunque todos me llaman Lalo. –Él recogió la nota y le tendió la mano.

Seguía sonriendo, como si aquello le resultara divertido.

–Lo siento –se relajó Ana.

–Nos veremos –dijo Lalo.

Por encima de los posibles efectos del accidente, Ana tuvo la sorprendente sensación de que así sería.

2. Alternativas

Se lo contó a Leo y Arantxa por la noche, cenando.

–Esta mañana casi atropello a un hombre –suspiró–. Bueno, de hecho le he atropellado, aunque no ha sido nada. Iba muy despacio y él ha salido de entre dos coches aparcados, así que...

Sus hijos la miraron boquiabiertos.

–¿Y qué has hecho? –preguntó Leo.

–Nada.

–¿Cómo que nada?

–Estaba bien, no tenía ni un rasguño. Se ha portado de forma muy correcta, admitiendo que era tanto culpa suya como mía.

–Si ha salido de entre dos coches aparcados y ha invadido la calle la culpa es suya, no tuya –mencionó Arantxa.

–Eso siempre depende. Si me buscara las cosquillas, con decir que iba más rápido de lo normal ya estaría liada. Los jueces siempre se ponen de parte de los peatones.

–Desde luego... –Leo le lanzó una mirada de resignación, como si su madre fuese la peor conductora del mundo.

–¿Cómo habéis quedado? –preguntó Arantxa.

–Tan amigos.

–¿Le conocías o le habías visto por el pueblo?

–No. Se llama Lalo. Bueno, Eulalio.

–¿Cómo lo sabes?

–Le he dado mi nombre y mi teléfono, por si se encuentra mal.

–¡Mamá! –protestó su hija.

–¿Qué querías que hiciera?

–¿Y si ahora se descuelga diciendo que tiene una herida interior, y que ha ido al hospital, y que le han dicho qué sé yo?

–¿Por qué eres siempre tan malpensada? –frunció el ceño Ana.

–Porque a veces parece que estés en la higuera, por eso –siguió preocupada su hija.

–Mira, Arantxa, hay que hacer siempre lo correcto, ¿de acuerdo?

–Lo correcto es darse la mano en ese momento y si no pasa nada, adiós muy buenas, si te he visto no me acuerdo.

–¿Tú piensas igual? –miró a su hijo.

–Ya que te has librado del primer *pollo*...

–Menuda educación debo de estaros dando –movió la cabeza horizontalmente–. ¿Habéis oído hablar de cosas como la conciencia, el respeto, la solidaridad, la responsabilidad? Ya sabéis, esas cosillas aparentemente tontas e inútiles.

–Como te quiten el carné de conducir verás –dijo Arantxa.

–Eso mismo me ha dicho él cuando no ha querido ir al dispensario de la Cruz Roja. Me ha dicho que si tomaban nota y había un coche involucrado, tendrían que dar parte.

–O sea que se ha levantado, ha sido maravilloso y encantador y se ha ido.

–Pues sí.

Su hija la miró aún más extrañada.

–¿Era joven? –quiso saber.

–Treinta y pico.

–Oh.

–¿Oh, qué?

–No, nada. ¿Y guapo?

–Normal.

Se encontró con aquellos ojos grandes, inmensos, luminosos. Los ojos de la vida reventando en plena recta final de la adolescencia. Arantxa era muy guapa, y extremadamente sensible. A veces demasiado. Su intuición la superaba.

No le gustó aquel silencio.

–Suéltalo.

–¿El qué?

–Arantxa... –perdió la paciencia.

–Pensaba que si hubieras sido un hombre, o una señora de cincuenta años con las tetas caídas, no habría sido tan amable. Así que eso prueba el machismo de todos los tíos una vez más.

–Eres de lo que no hay –soltó un bufido sarcástico su madre–. No me extraña que todos los chicos del pueblo huyan de ti.

–Esa panda de pringados... –Arantxa puso cara de asco–. La que huye de ellos soy yo, mamá.

Leo sonreía divertido.

–¿Y a ti qué te pasa? –le espetó su hermana mayor.

El chico levantó ambas manos, como si le acabase de poner una pistola en el pecho.

–Yo, *suizo* –manifestó con socarrona burla.

–Olvidaos del tema –Ana se levantó para empezar a recoger la mesa–. ¿Habéis ido a buscar alguna *peli* al videoclub?